

Roberto BLANCO ANDRÉS, *Eduardo Navarro. Un agustino vallisoletano para la crisis de Filipinas*, Valladolid, Estudio Agustiniiano, 2005, 285 pp., 24 x 17 cm.

La historia de la Iglesia española está poblada de grandes gestas y de historias mínimas, de héroes misioneros, de anónimos brillantes... de personas entregadas. Hombres de su tiempo que respondieron a los problemas humanos, intelectuales y evangélicos que se les plantearon en su época. La obra que nos propone Roberto Blanco responde a uno de estos personajes importantes en la historia de la Iglesia en general, la de España en particular, la de la Orden agustiniana de forma significativa. Detrás de la vida del fraile de la Orden de San Agustín Eduardo Navarro Ordóñez, encontramos a un religio-

so preocupado por la fe, pero también, como tantos otros de su Orden y otras familias religiosas, un trabajador muchas veces anónimo por una tierra alejada de la metrópoli que no cayó en el olvido por la entrega generosa y el compromiso evangélico continuo, y otras veces significativo, en la entrega a las responsabilidades encomendadas.

Acometer la vida concreta de uno de estos personajes es un reto y un riesgo necesario para reconstruir con madurez y realidad la historia de la gloria de la Iglesia, que no es sino historia humana escrita por Dios, y difundir una obra en la que poder retener el trabajo colectivo, en este caso la actividad misionera agustiniana y la respuesta a los problemas concretos de la vida de los hombres entregados a Dios.

El autor, Roberto Blanco Andrés, ya había realizado previamente, imaginamos que en transcurso de la realización del proyecto que ha dado como resultado el libro, algunos artículos que había publicado y que se señalan en la Bibliografía: “Eduardo Navarro, procurador de la Provincia de Agustinos de Filipinas (1893-1897)”, en *Archivo Agustiniانو*, 85 (2001) 3-45, y “El procurador agustino Eduardo Navarro y los regulares ante la crisis de Filipinas (1896-1898)”, en *Ayer*, 42 (2001) 165-190, estudio que recibió el II Premio de Jóvenes Investigadores (2 de marzo de 2001), que concede la Asociación de Historia Contemporánea, galardón que, sin duda, constituye toda una carta de presentación del autor y de la investigación base del libro que nos ocupa.

El libro se divide en doce capítulos precedidos de una introducción, a los que se le añade un apartado de Fuentes y bibliografía y una selección de cuatro textos de Eduardo Navarro, precedidos por varias ilustraciones.

Tras la breve introducción (11-13) de la obra en la que se presentan los patrones que se ensayarán transmitir de un personaje dominado por la ambivalencia de las interpretaciones de sus acciones debido a su carácter polémico, el capítulo I (15-27), titulado *Eduardo Navarro, Agustino*, nos presenta los inicios biográficos del fraile agustino. Podemos ir bosquejando la personalidad abigarrada de Eduardo Seberiano Feliz Navarro Ordóñez “que ese era su nombre completo”, nacido el 8 de noviembre de 1843 en Valladolid y criado “En el seno de una familia militar”.

La situación socio-política de la capital pucelana es definida por el autor como de “inquietud” “en el terreno político dominado por el fin de la Regencia y el sentimiento de anticlericalismo que se respiraba y se fijaba en la desamortización de Madoz en 1855” y de modernidad, por lo que a desarrollo económico, crecimiento demográfico y perspectivas se refieren. En este ambiente el personaje central del libro decide tomar la decisión que definirá su recorrido vital: entrar en el seminario de los agustinos en Valladolid para partir de misiones “el colegio de los agustinos de Valladolid tenía como finalidad “el formar religiosos para las misiones de Filipinas y el Extremo Oriente, lugares en los que España conservaba posesiones coloniales desde la segunda mitad del siglo XVI” (20)” a la edad de 18 años de edad. Con este acontecimiento la historia de Eduardo Navarro está lanzada. El resto del capítulo se dedica a mostrar esos primeros días de seminario, toma de hábito hasta su marcha a Filipinas en mayo de 1864, uno más de los 1900 agustinos que a esas tierras asiáticas habían partido desde que Andrés de Urdaneta lo hiciera en 1565.

El capítulo II (29-44) muestra bajo el título *En las misiones y parroquias de Filipinas* las primera acciones apostólicas de Eduardo Navarro, después de introducir al lector de la vida eclesial y la situación misional de las corporaciones religiosas en la por entonces colonia española. La primera tarea, común en los jóvenes agustinos, es la

culminación de los estudios eclesiásticos en Manila siendo ordenado sacerdote el 22 de diciembre de 1866 por el arzobispo de Manila. Su primera misión se desarrolló en la provincia de Ilocos sur, en los pueblos de Santa Cruz, Villavieja, Bantay y, nuevamente, Villavieja, atendiendo tanto la salud espiritual de sus feligreses como realizando labores que hoy designaríamos de promoción social y educación ya que, según el autor “se preocupa por difundir entre sus feligreses el interés por la música y el dibujo, mientras aparece a la vez entregado a diversas obras públicas para el mejoramiento del entorno y sus comunicaciones” (43).

Ya en esa época, en concreto en Bantay, empieza a significarse el fraile agustino como polemista, entrando en *Conflictos con la autoridad diocesana* (capítulo III, 45-59). Un litigio heredado entre los agustinos de Ilocos y el obispo de la diócesis de Nueva Segovia en la que no sólo no se inhibió al verse envuelto por un accidental suceso “no tocar las campanas al paso de la comitiva episcopal por el pueblo interpretado por el obispo como signo de reproche hacia él”, sino que tras recibir unas denuncias dadas al obispado, el obispo Mariano Cuartero se pudo resarcir. El pleito se pudo resolver tras un paso del fraile por la Península y cuatro años por tierras americanas (objeto de estudio de los siguientes capítulos) y una vez muerto el obispo. Su sucesor cerró el caso formalmente en agosto de 1890 (ya en su segundo viaje a Filipinas, cf. cap. VII). No obstante, en 1886, Navarro se encontraba en España para realizar cargos provinciales.

En el capítulo IV (61-71), intitulado *Rector del Escorial*, designa precisamente la labor rectorial de una institución que confirmaba un gran prestigio vivo aún en nuestros días. Baste citar la creación a principios de la década en la que llegó de la *Revista Agustiniana*, posteriormente llamada *La Ciudad de Dios*, referente intelectual del pensamiento filosófico-teológico en el siglo XX y en la actualidad. Su trabajo fue según los datos muy fructífero, de modo que “el convento vio nacer en su interior a una copiosa comunidad de profesores y estudiantes teólogos”. La responsabilidad institucional del religioso vallisoletano se amplió entre 1887 y 1889 realizando gestiones en la procuración madrileña “ver el capítulo V: *Comisario procurador provincial* (73-77)–.

Si bien la vida misionera del fraile agustino se comprende desde Filipinas, como ya hemos visto, no se ciñe solo a la tierra asiática. Así antes de volver a recalcar allí, tras su paso por España, se le encomienda una misión a realizar *Por tierras americanas* (capítulo VI, 79-93). Su paso por el continente americano respondía al impulso agustino y el “propósito de afianzar la expansión y fortalecimiento de las misiones” (81) “que se extendió además de a Hispanoamérica, al norte de Luzón, a Australia y a China” realizando una expansión de la actividad frente a los problemas que se suscitaban en las misiones de las islas. El autor, del mismo modo que en el capítulo IV, aprovecha para efectuar una visión del prestigio y la renovación cultural de la Orden, realiza un retrato de la realidad misional de la Orden de San Agustín en Hispanoamérica. De la mano de Navarro y su compañero Lobo se repasa la realidad mejicana, colombiana, chilena y peruana. La propuesta de ambos fue la de realizar una incursión misionera en estos lugares, aunque no coincidían en el ritmo de implantación, si que “en sustancia los dos agustinos participaban del mismo pensamiento en cuanto a la expansión en América” (93). Como señala Roberto Blanco, ciertamente, la visión que tuvieron del problema desde Filipinas en vistas del acontecer de los hechos nos retrata el gran conocimiento que atesoraban de la situación de su tiempo.

Pero como hemos dicho la actividad del agustino Eduardo Navarro se une al archipiélago asiático. Así de nuevo, aunque en un período más corto de tres años se opera un *Regreso a Filipinas*, que se narra en el capítulo VII (95-105). Allí ocupó cargos pastorales en La Unión y Benguet. De nuevo, el autor nos narra el contexto, en este caso las dificultades, que acaecen en este momento. Es un gran acierto del autor que, con pericia y de un modo nada forzado que se muestra como necesario, va mostrando junto a las peripecias del autor, la vida de la Orden. El punto final de este periplo, en el que se reeditaron litigios y situaciones de tirantez, esta vez viviéndolo en otros hermanos en virtud de su responsabilidad como vicario, acaeció en el capítulo provincial de 1893 al recibir el importante cargo de vicario provincial y comisario procurador en la Corte de Madrid, cargos ya ocupados (cap. V), pero “que ahora debía ocupar en un momento crucial de la Orden en Filipinas, y también en España” (105).

El capítulo VIII, intitolado *Eduardo Navarro y el incidente de la unión de los agustinos españoles*, muestra el talento del protagonista del libro. Ante el precepto papal *Mox vero* de unión de los Agustinos de España, que generó malestar en los propios agustinos y en la Corona, que se fue agravando a partir de 1894 con la intervención del Consejo de Estado, se solicitó la vuelta a la situación anterior, entre los partidarios de ello se contaba a Eduardo Navarro. Los “tiras y aflojas” entre las tesis vicarialistas y de Ultramar y las pontificias se vivieron en la corporación entre los “unionistas” (o corriente “intelectualista o “española”) y los “antiunionistas” que “se identificarían a grandes rasgos con la antigua tendencia «misionera» o «filipina», contraria a la preeminencia de los estudios y partidaria de la legislación tradicional... Navarro se encontraba entre estos últimos” (115). Esta polémica suscita la caracterización de Navarro que podemos definir, según Roberto Blanco, como “hombre de tesón e intransigencia” (114). El capítulo desarrolla la pugna entre dos sectores que se institucionaliza en acciones institucionales y el capítulo de 1895. El lector tiene la sensación de ver a un personaje en el que, más allá del acierto o no de sus decisiones y posiciones, late Filipinas y el impulso misionero y apostólico firme en su corazón. Tanto en esta polémica como en el cuatrienio de Navarro en la procuración (cap. IX. *Administración y gestiones en la comisaría madrileña*, 137-149) se puede observar una dedicación entera a la misión agustiniana en Ultramar. Hecho que se constata en su acción de promoción misionera, el trabajo y colaboración con las agustinas terciarias y la constante revisión de los acontecimientos acaecidos en Filipinas, como en el caso de la Compañía Agrícola de Ultramar.

Los tres últimos capítulos nos muestran al Padre Navarro más comprometido con Filipinas, cuando la situación de España con su colonia llega al momento más álgido de la crisis que culmina con su pérdida. Aquí (cap. X. *El procurador de la crisis filipina*, 151-195) tiene un conjunto de escritos políticos comprometidos que resume así el autor del libro: “Todas las propuestas como su concepción del gobierno para Filipinas conectan con una visión esencialmente conservadora, estrechamente relacionada con la filosofía del clero regular de las islas. Su concepción de lo que había de ser el dominio en la colonia conforma un esquema sumario nucleado básicamente en torno a tres elementos: la raza (inferioridad del indio y superioridad del peninsular), el gobierno y la religión” (161). No podemos dudar de la experiencia vital y agustiniana de este hombre por lo que es nombrado maestro de novicios en Valladolid en 1897. Con este acontecimiento, el capítulo XI nos muestra las *Tareas docentes e históricos-culturales* (197-223) ligadas al impulso cultural, a la biblioteca filipina de Valladolid, el museo filipino y la creación

de amplias colecciones de documentos y noticias de periódicos relativas a Filipinas. Su labor bibliófila la pudo compaginar con su cargo de definidor desarrollada a partir de 1905 en Madrid, su última residencia y cargo, pues fallece el 7 de febrero de 1910 a la edad de 66 años. Es hora para el autor de hacer balance (cap. XII. *Eduardo Navarro en retrospectiva*, 225-229). Un hombre espectador y con frecuencia protagonista de una de las épocas que marcarán la historia de España en el siglo XX y cuyos ecos oímos aún en pleno siglo XXI. De psicología fuerte, por lo tanto, “la autoridad, pero también la intransigencia, están presentes en los momentos complicados de su vida”, opciones no siempre las más correctas y quizás podemos calificarlas de severas y conservadoras. En todo caso un hombre muy capaz, de gran capacidad de sistematización de pensamiento y propuestas de las órdenes religiosas para la problemática filipina y que destaca de modo eminente en “las tareas histórico-culturales”, pues “Navarro, hombre dotado de ágil pluma, nos ha dejado singulares trabajos y aportaciones históricas en el campo hispano-filipino” (228-229).

Como mencionamos al principio de la reseña, culmina la obra con las *Fuentes y bibliografía* (230-241) “fuentes archivísticas, impresas (obras de Eduardo Navarro y otras obras y bibliografía”. Le siguen seis ilustraciones, una por página “Mapa de Filipinas en el siglo XIX, Mapa del norte de Luzón, Mapa de Parroquias agustinas en Ilocos, Orla dibujada por Eduardo Navarro para el *Album del XV Centenario de la Conversión de San Agustín*, Diploma dibujado por Eduardo Navarro para el *Album del XV Centenario de la Conversión de San Agustín*, Dibujo conmemorativo del mismo acontecimiento publicado en la *Revista Agustiniana*, volumen XIII, Valladolid, 1987”. Termina la obra con la publicación de cuatro textos (249-277) que enriquecen la exposición anterior. Los tres primeros ““Exposición de los procuradores generales de las cuatro corporaciones religiosas de misioneros en Filipinas”; “Exposición de los procuradores generales de las cuatro corporaciones religiosas de misioneros en Filipinas dirigida al señor nuncio Excelentísimo Monseñor Di Pietro”, “Breve explicación pedida por S. M. la Reina al Emmo. Sr. Cardenal Cascajares y éste al que suscribe, acerca del Statuo quo y reformas del Ministerio de Ultramar”” entresacadas como manuscritos adheridos al libro *Documentos interesantes acerca de la secularización y amovilidad de los curas regulares en Filipinas*, Madrid, Imprenta de la viuda de M. Minuesa de los Ríos, 1987 (Biblioteca de Agustinos Valladolid). Y el último texto es en verdad una recopilación de breves noticias: “Algunos artículos de la prensa española dando cuenta de la aparición de la obra de Eduardo Navarro *Filipinas. Estudio de algunos asuntos de actualidad* en el año 1897”. Por último, se presenta un índice onomástico (279-285), siempre de gran utilidad para investigadores.

En fin, nos encontramos con un libro interesante, fácil de leer y rico, porque de la experiencia de un hombre aprendemos los entresijos de una época de enorme importancia para la vida española y de la Iglesia en España. Sabiamente el autor sabe entretejer una narración histórica a partir del microcosmos de un religioso singular, inmerso en una época apasionante, en una Orden de gran riqueza espiritual, pastoral, apostólica y misionera como los Agustinos, con una actividad trepidante y siempre entregada. Es verdad que su personalidad puede parecer algunas veces políticamente incorrecta en los tiempos actuales, pero es acierto del narrador el saber presentar en la contradicción de la vida humana el resplandor de la entrega y la fidelidad a la misión, como valuarte de toda persona dotada de entrega y celo apostólico.

Concluyendo, un libro de historia que justifica por sus criterios historiográficos, por su buena narración y su base documental el hecho de publicarse y se gana el merecimiento de leerse. Felicitamos a la Editorial “Estudio Agustiniiano” la publicación de un libro que ayuda a comprender mejor la historia de España y la historia gloriosa de la Iglesia en su más profunda realidad humana, sin angelismos, pero con la humanidad que toda empresa evangélica necesita y merece, pues Dios se da en los hombres, cosa que bien sabía el protagonista Eduardo Navarro y que tan bellamente expresó en 1908, regalo al principio de la obra del autor: “La historia no se confecciona, no se hace, se refiere, se relata, porque su constitutivo es la realidad de los hechos, por eso la Historia es la narración de los hechos verdaderos, y nunca éstos brillan con más esplendor y reproducen mayor convicción, que cuando su ropaje es la sencillez, la naturaleza y la verdad”.

Manuel Lázaro Pulido
Inst. Teológico de Cáceres